

CRONICAS

EL NUEVO PERSONAL DEL MAGISTERIO

Continúa el Ministro de Educación Nacional la tarea difícil, que, con ritmo lento y seguro, él hace eficaz, de incorporar la Escuela española al ac-

tual momento histórico, llevando hasta ellas las fórmulas y consignas del Nacional-Sindicalismo. Ardua es la empresa, porque ha tenido que reconstruir material y espiritualmente. Los edificios escolares ostentaban, la mayoría, unos, gloriosas mutilaciones; otros, señales vergonzosas del paso de los bárbaros del siglo. Y, peor que las huellas de éstos últimos, era el recuerdo que en ellos habían dejado los pseudopedagogos liberales y marxistas, que intentaron perpetrar el mayor delito de lesa patria y lesa humanidad conocido, arrancando de las almas infantiles el amor a Dios y a la Patria.

La reconstrucción espiritual tenía que realizar dos misiones: una, restablecer la idea católica, tradicional de nuestra cultura; la otra, segregar del Escalafón del Magisterio a cuantos Maestros fueron vehículo del germen morbosos que, con necio ardor, desearon inocular y difundir en la infancia española. Labor difícil era la depuración del personal docente; la acometió resueltamente el Ministro, y pronto quedará terminada. Los escalafones ofrecen grandes claras, y esta forzosa eliminación de personal, plantea otro problema no menos difícil: el de la selección del nuevo, en cuyas manos ha de ponerse a los niños de España.

Elevó a un rango, desconocido hasta el momento, a la Pedagogía española, con la incorporación al Consejo Superior de Investigaciones Científicas del Museo Pedagógico, transformado en Insti-

tuto de San José de Calasanz. Y esta nueva rama del ya frondoso árbol del Consejo, ofrece grandes posibilidades de estudio a los amantes de nuestra educación tradicional, y, bajo sus auspicios, dará a conocer interesantes e inéditas obras de nuestro acervo pedagógico, riquísimo y poco o mal conocido.

Complemento de la labor investigadora, es la asesora, encomendada al Consejo Nacional de Educación, recientemente reorganizado, y, finalmente, se ha llegado a la realidad viva de la Escuela, a completar esos escalafones que la Justicia tuvo que dejar diezmados, como decíamos anteriormente. La convocatoria para ingreso en el Magisterio, con sus normas, quiere incorporar a la Escuela española cuantos factores pueden renovarla, y hacer de ella la auténtica Escuela que necesita España. Por eso, establece la preferencia para aquéllos que sintieron en su carne el zarpazo de la guerra y pueden servir de ejemplo vivo a los niños, del modo de sufrir por España en la angustia callada de una cárcel roja, en la vida febril y pletórica de emociones de las avanzadillas o en el dolor lacerante y silencioso de la pérdida del ser querido, cuyo final trágico se desconoce en sus pormenores, pero del cual queda la certeza cruel de su ausencia eterna.

Y aún se exige más a los que ostentan estas ejecutorias de una nueva nobleza. Se les pide una preparación triple: religiosa, política y técnica, en armonía con los fines que, de una vez y para siempre, asignamos a la Pedagogía y a la Escuela españolas: *Educamos para conocer, amar y servir a Dios, conocer, amar y servir a España, y adquirir una cultura o una preparación técnica que capacite a los futuros hombres para ganar honradamente el sustento cotidiano.* Y sirviendo a Dios, sirviendo a España, laborando por su grandeza y ennobleciendo la vida con el trabajo, alcanzar la Patria eterna. Este es el ambicioso fin que asignamos a nuestra Escuela; ni queremos otro ni pensamos emplear otros medios. Como en ocasión memorable dijo José Antonio, nosotros no queremos servir más que «...a un Señor, como el de San Francisco de Borja, que no se nos muera...», y que, además, es el legítimo Señor de España.

Los que sufrimos, angustiados, la época fría y pedante del lai-

cismo oficial y la tibia y extranjerizante de los últimos tiempos del liberalismo, sentimos reverdecer las ilusiones y las esperanzas que siempre tuvimos en una Escuela netamente española, y bendecimos, una vez más, a la guerra providencial, cuya tremenda sacudida sirvió para desenterrar viejas esencias, dormidas o muertas, y avivar en todos el anhelo de una Patria grande, fuerte, por el esfuerzo de todos y cada uno de sus hijos.

EN EL XVIII ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE DON ANDRÉS MANJÓN

En el transcurso del tiempo, la tradición educativa española de las Edades Antigua,

Media y Renacimiento, estuvo representada por genuinos valores pedagógicos, que mantuvieron enhiesto el pabellón docente, netamente característico de nuestro pueblo y de nuestra raza, frente a educadores extranjeros, «exportadores de sistemas».

España, que contó con una inmensa cantera de pensadores y filósofos, que, arrancando de Séneca, Quintiliano y San Isidoro de Sevilla, a través de la enseñanza monástica de Samos, Silos, las escuelas catedralicias de Santiago, las gloriosas Universidades de Salamanca, Alcalá, Valladolid, Sevilla, etc., los Colegios Mayores y Menores esparcidos por todas las localidades, los nombres eximios de nuestra espléndida floración del Siglo de Oro, que, como Huarte de San Juan, Vives y José de Calasanz, han dejado una estela luminosa de su obra; los dos hitos preclaros de nuestros últimos años, como son Menéndez Pelayo y Vázquez de Mella, con otros nombres señeros del pensamiento pedagógico, como el P. Ruiz Amado, P. Poveda, D. Rufino Blanco y otros, nos presenta la figura venerable de D. Andrés Manjón que, en el amanecer del día 10 de julio de 1923, entregaba su alma a Dios, en su celda de la Abadía del Sacro Monte, de Granada, en muerte santa, como santa fué su vida.

«Es interesante observar que los postulados fundamentales de la Escuela monástica, que sirvieron para dar nombre a nuestras Uni-